«Mercurio», Santiago, 10. XII 23

EL MERCURIO. — LUNES 10 DE DICIEMBRE DE 1923

TOTILA ALBERT

Al contemplar las esculturas de Totila Albert, uno se figura que este artista ha de ser un hombre recio, de mirada aguda, potentes biceps y músculos de acero. Hay energía y esfuerzo en la expresión rítmica de sus estatuas; hay vigor y fuerza en sus concepciones grandes y voluntariosas.

No es, sin embargo, desilusión la que se experimenta cuando se encuentra en Totila un muchacho pequeño, que habla quedo, contrayendo los músculos faciales en una sonrisa de bondad infinita, y cuando se ven brillar tras los vidrios de sus anteojos dos ojos dulces preñados de ensueño y de dulzura. ¡Bah, me equivoqué! dice uno sonriente; porque inmediatamente ha comprendido que bajo esa frente amplia y serena, y en esa palabra pausada y precisa, no puede esconderse un cualquiera.

¿Para qué relatar una conversación? Ya es este un método tan vulgarizado para describir a un artista.

He hablado mucho con Totila. Una mañana, en medio de sus obras, en el pequeño taller que le ha arreglado Ismael Valdés Alfonso; y una noche entre mis libros, y en seguida deambulando por esas calles tétricas y oscuras de Santiago, hasta cerca del amanecer.

Nunca me había sentido más interesado. Los silencios de la conversación sugerente y sencilla los aprovechaba con gusto para gozar lo recién dicho.

Ante todo, Totila es un artista. Un artista bajo cuanto aspecto pueda considerársele, a excepción del aparentar ser artista. Le escucharían con agrado un niño y un letrado.

Lentamente las teorías que parecen absurdas, van aclarándose y brillando en la simplicidad de su decir.

Sus obras difíciles de explicar, representan tan bien su voluntad y su estética, que uno se avergüenza de no haberlas comprendido antes.

Recuerdo que le pregunté cuál era en realidad su patria, ya que sus padres eran alemanes y que en Alemania había adquirido sus conocimientos de arte.

—Chile—me dice sonriente, y se queda un largo rato mirándome. El hombre tiene dos edades: la de absorción, que dura hasta los veinte años más o menos, es decir, cuando las impresiones casi imperceptibles que se van recogiendo en el espíritu, forman la personalidad que se ha de dar a conocer ulteriormente, en la segunda etapa, que está destinada a dar salida a esas impresiones entonces absorbidas. ¿Cree usted que sin estas cordilleras macizas y quebradas, que sin esta naturaleza ruda y hermosa mi obra sería lo que es? Aún más y para ser más preciso voy a referirle un hecho. Hace muchos años estaba yo en Chile y viajaba con mi buen padre, que tanto ha hecho por los árboles en este país, por las reservas forestales de Malleco. El bosque nos encerraba y nos apretaba. En un momento me fijé en una serie de palotes confundidos y aglomerados, que estaban en el suelo. Era el verano y la época del amor. Sentí una enorme exaltación ante esa manifestación de vida en medio de esa gran soledad. Recogí muchas parejas y después, ya en mi casa, las puse bajo un vidrio, y las examiné durante largas horas.

Seis años pasaron. Estaba en Alemania. Una noche conversábamos en mi taller con Isaías Cabezón y Manuel Bianchi: era tarde y mis compañeros, somnolientos, apenas hablaban. Cerca de la una se fueron a acostar. Yo sentía una inquietud, una especie de sobresalto. Me fuí a mi habitación y cuando estuve ya en cama me dí cuenta que no tenía sueño y sin saber por qué bajé al taller. Allí tomé la arcilla y durante varia shoras, amasé, pulí y creé formas en una especie de sonambulismo. Cuando hube terminado, cubrí lo realizado y me fuí a mi dormitorio. Estaba perfectamente tranquilo ahora, y en cuanto puse la cabeza en la almohada me quedé dormido.

Al día siguiente fuí a ver lo hecho. Me gustó extraordinariamente y de la maquette empecé a confeccionar la obra definitiva.

Pasaron seis meses. Nuevamente conversábamos un día en el taller con Isaías y Bianchi. Yo estaba abstraído junto a una ventana. Pensaba en Chile. De repente una especie de velo empezó a correrse en mi espíritu y ví claramente que la obra realizada no era sino la impresión que me produjeron tantos años antes los palotes. Sin Chile no habría podido hacer nunca mi "Ritmo eterno".

Tengo un inmenso amor a Chile, como tengo una gran veneración por Alemania."

Y en realidad, la obra de Totila, es ruda como nuestras montañas, suave como nuestras arenas y lujuriosa como nuestra naturaleza.

Con igual sencillez explica sus tendencias y su arte.

—"Un artista, ante todo, debe expresar sus sentimientos. Nunca he podido estar en una academia. No sé si hago bien o mal las cosas, pero hago lo que siento. Cuando trabajo me parece que una subconciencia lo hace por mí. Como si algo superior e incomprendido guiase mi mano y mi pensamiento. ¿Maestros? Acaso los he tenido. Metzner fué profesor mío por poco tiempo, lo admiro y lo quiero. Archiphenko, el ruso, me gusta, me interesan extraordinariamente algunas de sus obras y comulgo con muchas de sus ideas.

¿Qué pretendo? Ya lo dije: expresar mis sentimientos. Dar una idea rítmica absoluta a mis concepciones. Mire esta estatua. La modelo tenía la pierna aquí, era imposible que la pusiese donde yo la coloqué, sin destruir sus músculos y su conformación. Sin embargo, yo lo hice así, por el ritmo, porque me parece que sólo así expresa la idea rítmica que persigo."

He hablado mucho con Totila Albert. Su conversación daría para muchas crónicas; sus proyectos hermosos y nobles merecen muchos comentarios. Ya otro día podré hacerlo. Quiero meditar un poco más todavía sus palabras.

BIZARRE.

5 premios con $ 10,000
ad de este Chocolate y además su suerte, comprándolo
casi todas las Pastelerías, Confiterías, Almacenes y en la Fá